



Claudio Giaconi

“Lo que escribo lo guardo en los cajones”

“ME GUSTAN LOS ESCRITORES QUE PUEDEN SER DRAMÁTICOS O TRÁGICOS, PERO NUNCA ENFÁTICOS. EL ESCRITOR QUE PONE DEMASIADO ÉNFASIS SE TRASPARENTA DE INMEDIATO. DICE YO SOY YO, MÍRENME, AQUÍ ESTOY, Y ESO ES LLAMAR LA ATENCIÓN. DESDE CHICO ME DIJERON QUE LO PEOR ES LLAMAR LA ATENCIÓN. LA RELIGIÓN ACTUAL ES QUE TODO EL MUNDO QUIERE LLAMAR LA ATENCIÓN, Y ESO ME HACE SER UN HOMBRE DE OTRA ÉPOCA. QUE LLAMO LA ATENCIÓN, SÍ, PERO NO ME LO PROPONGO”. POR MARCELA FUENTEALBA FOTOGRAFÍA LUIS MACEIRAS

En 1954, cuando publicó su primer libro, Claudio Giaconi pasó de ser un aspirante literario de 27 años a convertirse en autor fundacional de la llamada generación del 50 (Lihn, Edwards, Lafourcade). Ese libro, *La difícil juventud*, uno de los poquísimos que ha publicado, reúne once cuentos de una sutileza psicológica y visual poco común en las letras chilenas.

“Me preguntaron que de dónde venía./ Contesté que sí, que no tenía planes determinados./ Contesté que no, que de ahí en adelante”, son los versos de Nicanor Parra que sirven de epígrafe a estos cuentos (reeditados por Sudamericana en 1997) y que hoy, pasados más de cuarenta años, también señalan algo esencial de la vida de Giaconi. Nacido en Curicó —“como podría haber nacido en Curanilahue, fue un accidente geográfico”—, se educó y comenzó a escribir en Santiago, en las inmediaciones del Parque Forestal. A partir de la década del 60 estudió en Europa y terminó como profesor en Estados Unidos. Desde Nueva York, donde dice haber vivido la parte más significativa de su vida, volvió a Santiago en 1990. “Durante varios años me sentí extranjero, uno se topa con la extranjería de uno mismo. Ahora ya estoy mano a mano, he hecho las paces, he asimilado el país de nuevo”. Con su ejemplar de *The Clinic* bajo el brazo —“el medio de prensa más serio del país”—, llegó a su antiguo barrio para conversar sobre la vida literaria, que en este caso no tiene que ver con ser escritor profesional ni nada que se le parezca.

Martín Cerdá dijo que varios literatos de su generación siguieron una ruta de exilio.

Me parece una opinión muy acertada de Martín, con quien por supuesto era amigo, creo que él lo vivió en carne propia. Fue un intelectual transhumante, siempre a patadas con su propio país. Este país trata mal a la gente, trata bien a ciertas personas, y los escritores y artistas no son esas ciertas personas. Son otros, los comerciantes, los empresarios, pero no lo artistas.

Usted ni siquiera terminó el colegio y afuera fue profesor en la universidad.

Es curioso, eso no podría ocurrir ahora. En esa época haber seguido otro curso era difícil para mí por razones de ruina económica en la familia. Hacía trabajos esporádicos con la esperanza de salir pronto de eso, y salir pronto significaba irse de Chile. La verdad es que me han tratado muy bien en el extranjero, una muestra es que me ofrecieron un

puesto de profesor, a mí que no tengo título. Fui lo que llaman un *lecturer*, un conferenciante, no un profesor propiamente tal. Daba conferencias sobre literatura hispanoamericana. Me aburría mucho hacerlo. Lo que me llenó fue ser periodista en Nueva York. Fui editor bilingüe de Upi, cosa para la que tampoco estudié. Uno se pregunta entonces, ¿es necesario ir a la universidad?, ¿para qué, si los egresados son tan ignorantes? A lo mejor para tener un cartón, no para adquirir conocimientos. Lo que pasa es que la vida es muy diferente sin título, lo digo por ahí en un poema.

Pero para usted no fue tan difícil, ya había publicado La difícil juventud.

Antes invitaban a los escritores por eso, ahora mucho menos. Enrique Lihn, por ejemplo, pasó por universidades de Estados Unidos como escritor visitante. Así también Octavio Paz, que estuvo donde estaba yo, en Pittsburgh. No tuve contacto con él porque como persona no me agradaba en absoluto, creo que era mutuo. Por supuesto a Lihn lo veía. Un gran vacío fue volver a Chile y encontrar que ya no estaba Enrique Lihn, había muerto el 89. Tuve que dar nuevos pasos, conocer nueva gente para llenar ese vacío.

¿Siguió relacionándose con otros escritores?

Poco. La verdad es que no me gusta mucho la compañía de los escritores, es una cáfila de gente excesivamente vanidosa, excesivamente autoreferente, excesivamente inmodesta. La calidad humana del escritor para mí es importante, no separo el ser del hacer. Dicen que un escritor es lo que escribe, opinión que no comparto.

¿Cómo empezó a escribir? Me imagino que en La difícil juventud debe haber trabajado bastante.

No tanto, fue un libro que escribí casi sin darme cuenta. Tampoco tenía la intención de publicar. Siempre sentía cierta desconfianza de la literatura como tal. Para mí la literatura es una forma de vida, de conocimiento, no es sólo escribir ni mucho menos publicar libros. El escritor actual se asemeja mucho a un burócrata cualquiera. Esa aura de la literatura que hacía que tuviera peso, ya no existe. Ahora el escritor es cualquier saltimbanqui que tiene la facilidad de publicar acá y allá. Para mí eso no es literatura, simplemente es libremercadismo. Se publica tanta imbecilidad, ¿para qué? ¡Qué pérdida de papel, tantos árboles derribados para levantar el monumento al ego de algún escritorzuelo que se cree un nuevo Víctor Hugo! Ese entorno de la literatura es algo que me pone los pelos de punta. Hoy no hay escritor que lleve vida literaria. Antes había gente que no tenía necesidad de escribir o publicar para eso. El caso emblemático, mítico, es el poeta Molina, que jamás escribió nada. Vivía intensamente la vida a través de la literatura. Eso es lo que echo de menos.

Se escribe mucho y se lee poco. Usted escribe poco y lee mucho. Porque lo que no agrega, mata, de manera que no voy a estar agregando una lista de libros cuando lo que dije ya está dicho, y lo que he estado escribiendo a través de los años no agrega algo nuevo. Añadir simplemente un número se llama supernumerario. No se aumenta la capacidad de radiación,

sólo el número de títulos. A veces basta un libro o dos para producir la radiación. Y el resto, si no es indispensable, si no es algún apéndice o adenda imprescindible, si no es imperativo categórico, es mejor no publicar y quedarse callado.

Cuando apareció La difícil juventud, fuera de la buena crítica se comentó más aún porque en ese momento usted estaba preso.

Hubo unas disputas entre dos familias vecinas en las que yo me arrojé el papel de defensor de una de ellas; se originaron roces con este vecino, un general retirado, que me inició un juicio por injurias. Se dio orden de detención y estuve dos semanas en la peni, que estaba en la calle General Mackenna, dos semanas que se me hicieron como dos meses o dos años. Al final estuve detenido injustamente, porque el juicio se falló a mi favor. Lo que no perdono es que ha habido gente que ha hecho uso de este episodio carcelario para desprestigiar, antiguos colegas que han inventado una serie de hechos rocambolescos, como que yo escribí cartas anónimas y que por tal motivo se querellaron. Lo curioso es que quien ha escrito esta difamación tiene una columna semanal en un diario, ha sido un periodista connotado que en sus últimos años ha demostrado no tener ningún respeto por la verdad ni por los hechos que crónica. Bueno, cuando salió el libro yo estaba bajo el impacto de esta humillación, cara a cara frente a Chile entero, porque fue un asunto muy bullado. Lo literario me tenía sin cuidado. De pronto, un día domingo en *El Mercurio* me encuentro con una larguísima crítica de Alone. Pensé que exageraba, nunca creo mucho en los elogios que inspira mi obra. Fue un libro de publicación circunstancial porque nunca estuve en mi mente publicar. En realidad, mi ideal de escritor hubiera sido no haber publicado nunca, que todo se hubiera publicado póstumamente. Mi ideal hubiera sido ser un hombre de acción. Un explorador, por ejemplo. Lo último que habría elegido es ser escritor.



Como lector, sus escritores favoritos han sido Thomas Hardy, Dostoievski.

Uno ama lo que se parece a uno, o a veces lo que es lo contrario a uno y lo complementa. Eso ocurre en la relación de amor y también en la lectura. La lectura es una forma de relacionarme conmigo mismo, así se van formando las afinidades electivas: Dostoievski, Thomas Hardy, Ibsen, Kierkegaard. Posteriormente vine a descubrir otra faceta de Hardy, que me parece tan importante como la narrativa, su poesía. A mi juicio Hardy es uno de los más grandes poetas de la lírica inglesa, pero opacado por su eminencia como novelista. Apareció recién una larga crónica sobre él, no me acuerdo donde.

Debe haber sido en Diagonal. Ahí se dice que Eliot lo ninguneó como poeta, lo hallaba sentimental.

No es un sentimental ni un sentimentaloides, es un realista de los sentimientos, de la relación de la pasión amorosa que se ha torcido por un sino del destino, etcétera etcétera, lo que hace que sea un poeta especialmente trágico. Eso es lo que no entiende Eliot, que en primer lugar era un poeta snob; un poeta que sale del *midwest* norteamericano y en Londres se encarama. No tengo una gran opinión de Eliot como persona. Ahora bien, ante su poesía elevada a la quinta esen-

cia de lo poético, yo creo que la de Hardy es mejor. Esto le podrá parecer sacrílego a algunos poetas jóvenes a quienes yo respeto mucho, Eduardo Vassallo y Armando Roa Vial, que son grandes exégetas de Eliot. Pero el poeta Eliot es impermeable al sufrimiento de la pasión amorosa, en cambio Hardy era vulnerable. Y esa vulnerabilidad es lo que lo convierte en el gran poeta que es. Empezó a escribir poesía por su dolor derivado de su relación de pareja. En fin. Mi universo de lecturas se fue ampliando. Dostoievski me llevó a seguirle el hilo a los escritores rusos: él dice que “todos salimos de *El Capote* de Gogol”; ahí había un referente. Me entusiasmé tanto con Gogol que escribí un ensayo sobre él que no tiene una intención historiográfica, sino introspectiva. A mí no me interesa Gogol en relación a su tiempo sino al nuestro, incluso en relación a Chile. Al leer a Gogol, sobre todo *Las almas muertas*, me di cuenta que si se cambian los nombres —en vez de Popov, González— era Chile. La relación en el campo, por ejemplo, la manera en que los peones eran tratados por los latifundistas, está sacada de *Las almas muertas*. Luego seguí a Turgueniev, que es uno de mis autores favoritos por su falta de estridencia, de énfasis. Me gustan los escritores que pueden ser dramáticos o trágicos, pero nunca enfáticos. El escritor que pone demasiado énfasis se trasparenta de inmediato, y uno se da cuenta: este gallo está sobreactuando. Dice “yo soy yo, mírenme, aquí estoy”, y eso es llamar la atención. Desde chico me dijeron que lo peor es llamar la atención. La religión actual es que todo el mundo quiere llamar la atención, y eso me hace ser un hombre de otra época. Que llamo la atención, sí, pero no me lo propongo.

Como lector y escritor, tendió de la narrativa a la poesía.

Leo más poesía porque me sorprende de algo, la prosa ya no me sorprende, excepto la prosa de periódico: la literatura no se encuentra sólo entre tapa y tapa de un libro, puede producirse en forma volandera, en una publicación cualquiera. Me interesa la poesía porque opera en el eje de la virtualidad de la existencia, en contraste con la no virtualidad de la prosa narrativa, que nos hace creer que esto es plausible. ¿Y a quién le interesa que la marquesa salió a las cinco? Porque ese es el canon de la narrativa: la marquesa salió a las cinco. ¿Qué importa? Podría haber salido a las seis. Ese afán de la narrativa por presentar como creíbles las cosas es lo que me la hace sospechosa, porque la vida no es así. La prosa fluctúa entre lo factible y lo plausible. En la poesía no hay fluctuación, la poesía es un magma idiosincrático poco mensurable con los dones de la razón. El lector de prosa lee con la razón, el de poesía lee con un sexto sentido. El poeta escribe desde el caos, no para darle sentido, porque hay cosas que no se pueden esclarecer y hay que aceptarlas así, como esos sarcófagos que están cerrados y no entregan sus secretos. Otra cosa es que a veces la poesía no se entiende, y nunca he podido tolerar a aquellos poetas herméticos, metafísicos, difíciles. Por ejemplo, Mallarmé, el príncipe de los poetas: para mí es el príncipe de los papanatas, porque en realidad no entiendo nada de lo que dice. O yo soy tonto o Mallarmé no sabe expresarme. El poeta hermético es tal vez la forma más egregia de la vanidad literaria, parece sentirse tan misterioso como Dios. Hay poetas metafísicos ingleses que yo aprecio porque no hacen difícil lo difícil. También hay briznas de poesía metafísica en Borges, pero en Borges todo está tan asimilado, jamás hace difícil lo que es difícil. En cambio hay tanto escritor que hace difícil lo que es fácil, elemental, y lo hace pasar como si fuera la última asignatura para conseguir el postgrado de unos estudios arcanos. Esos son falsos.

Como los estructuralistas pasados de tejo, por ejemplo.

¿Qué quiere decir Derrida? Creo que esa gente le hizo un gran mal

a la crítica. La crítica de Chile ha estado muy influida por estas maneras de leer, esta nueva doctrina de la lectura. Pero la lectura es una sola, no se puede estar buscando cinco pies al gato. Una vez se hizo un análisis semiológico de un cuento mío, y el autor de este análisis, que era muy sesudo, trataba de explicar qué simbolizaba un árbol que aparecía: no simbolizaba nada más que estar ahí para que pasara un perro y meara. Me parece que se sobredimensiona, se ven cosas que no existen, lo que en pintura o música no se puede hacer: esto es rojo y esto es un *do*, no se puede discutir. Pero en literatura sí, todo se puede discutir.

Luego de escribir sobre Gogol, ¿no le interesó continuar escribiendo ensayos? Me parece que esa publicación coincidió con que estuvo gravemente enfermo.

Luego de publicar el ensayo sobre Gogol, *Un nombre de la trampa*, mi intención era continuar una segunda parte centrada en Thomas Wolfe, pero mi vida ahí llegó al término de una etapa, me fui a Italia con una beca y mis proyectos literarios se desvanecieron. Antes estuve enfermo. Yo estuve muerto. Soy un resucitado. Según dicen, después de esa experiencia la persona cambia radicalmente. A mí me pasó. En realidad, antes quise ser famoso aquí y acá, pero luego me desinteresé de lo que antes me era prioritario. Es como si uno se empapara de la idea de que todo es precario, de que no hay necesidad de agitarse tanto ni tomar las cosas tan en serio, etcétera. Sí, yo estuve muerto. Tenía treinta años. No seguí escribiendo ensayos. Musil, por ejemplo, mezcla mucho el ensayo con la novela, y yo admiro a Musil, pero prefiero saltarme lo ensayístico porque veo que no encaja, está impuesto por un voluntarismo autoral. Hay que dejar que las cosas sigan por sí mismas y no voluntariarlas, porque entonces se transforman en una especie de mensaje didáctico. La literatura no tiene por qué enseñar nada.

¿Sigue escribiendo poesía? Lo último que publicó fue un libro de poemas, *La decadencia de Occidente*.

No, ese el título de Spengler, el mío es *El derrumbe de Occidente*, que va más allá de una mera decadencia. El título parodia el clásico de Spengler; hay muchos referentes, literarios, culturales, históricos. “¿Dónde están las cazuelas de antaño?”, es un poema que hace una paráfrasis a un verso de Francois Villon. Ahora estoy en un período de receso. Los últimos cuatro meses me he dado unas vacaciones para cambiar las ideas. Poemas sí he escrito algunos. He escrito mucha prosa, mucha narrativa, pero es algo que guardo en los cajones.

¿Van a quedar como textos póstumos, tal cual dice hubiera querido?

Probablemente. No me preocupa en absoluto. No creo que valga la pena publicarlo, si lo hiciera sería por lo que tanto desprecio, para que dijeran: ahí va, existe. Eso me parece pueril, pero es un poco patético que lo hagan hombres cincuentones, sesentones. Uno cree que por el hecho de madurar la gente se pone más sabia: craso error, la gente se pone más tonta.

Me imagino que ahora se dedica a pasear, a observar.

A veces me gusta observar el comportamiento de los animales callejeros. Me gusta más observar a los gatos que a los seres humanos. De los seres humanos ya no tengo nada que aprender, en cambio de los gatos sí. Si un gato pudiera hablar, cuántas cosas podría decirme. Yo quiero conocer el idioma de los que no tienen idioma. Puede parecer bien peregrino, pero un gato para mí es un ser importantísimo.

